

LA CAJA DE ARENA

En una dependencia del ejército convivían civiles y militares. Lo hacían porque una parte del organismo en que revistaban se dedicaba a temas de investigación y desarrollo y es sabido y aceptado que en ese ámbito las jerarquías no valen. Valen los que saben porque allí como en ningún otro lugar sigue siendo de universal aplicación aquello de que las cosas no las hace ni el que debe ni el que quiere. Las hace el que puede.

Había civiles y militares que podían. Estaban en la parte dedicada a la investigación y desarrollo.

También había civiles y militares que no podían. Los primeros manejaban la mesa de entradas, la contaduría, el archivo, las relaciones públicas y otras no consideradas valiosas para ser manejadas por militares.

Estos, por su parte manejaban la logística, las guardias, la seguridad, la tropa, las comunicaciones y otras tantas cosas que hacen a su particular forma de vida, ordenada y absolutamente previsible.

Los civiles y militares que estaban en investigación y desarrollo, vivían en un polo opuesto a estos últimos. En primer lugar, se tuteaban entre ellos y también lo hacían con los civiles; había civiles que dirigían proyectos en los que actuaban militares, el horario era elástico, varios llegaban sistemáticamente tarde pero se quedaban hasta muy tarde, para desconcierto de los encargados del control.

Todo esto desesperaba a los que vivían bajo una gorra y un reglamento pero felizmente la conducción sabía que así eran las cosas y que no había que meterse en ese sector sacando pecho y amparándose en los reglamentos porque esa

era la mejor forma de no obtener absolutamente nada de ellos.

Sabía que ni siquiera podía ordenar se desarrollara un determinado proyecto. Si así lo hacía, formalmente el proyecto quedaría registrado pero empezarían los peros. "Me falta un banco de ensayos", "hacen falta reactivos", "hay que contratar un matemático", "debo viajar a Rusia porque allí están los máximos especialistas mundiales en el tema", "me voy a un congreso sobre el tema en Hawai" y así hasta la desesperación.

Si, en cambio invitaba a su mesa o a caminar por el campo de ejercicios de la tropa al que sabía del tema y, como al pasar le preguntaba "dígame fulano, ¿le parece que podemos hacer un purificador de agua por osmosis inversa? ¿podrá usted hacerlo?" Casi seguro que la respuesta era afirmativa y desde ese momento en adelante el purificador de marras marcharía viento en popa a condición que razonables pedidos fuesen rápidos y eficazmente resueltos.

Cuando llegaban visitas, si eran del ámbito militar las cosas pasaban más o menos sin sobresaltos pero, cuando venían extranjeros barbudos, con sandalias, bermudas y largas melenas y barbas, la guardia se las veía en figurillas para no meter la pata impidiendo la entrada tal vez al Director de un prestigioso instituto de otro continente donde las formalidades típicas de los militares eran cosa superada por todos.

Jorge y Esteban pertenecían al sector de los investigadores. Uno era militar, civil el otro pero el proyecto de aprovechamiento de la energía eólica en el que estaban metidos lo dirigía el civil porque sencillamente era el que más sabía del tema. Varios grandes molinos llevaban su firma y se contaban por miles los kilovatios que generaban para beneficio de pueblos aislados en el vasto territorio del país. Esa era la razón por la cual estaba contratado por el ejército: proveer de energía eléctrica de origen eólico a

destacamentos remotos y no tan remotos, ahorrando así el sobrevaluado gasoil.

Un luminoso día de otoño vieron a través de la ventana a un cabo y dos soldados caminando hacia la entrada. Lo notable era que los soldados llevaban como podían unas tablas, martillo y clavos. No era precisamente una patrulla militar, razón por la cual, el militar, abriendo la ventana gritó "Cabo, ¿qué hacen?"

El cabo, se detuvo en seco en forma automática porque como buen cabo que era estaba absolutamente programado para hacerlo ante un grito emitido por un superior. Giró en redondo, adoptó la posición de firmes golpeando sus talones y dijo "Estoy cumpliendo una orden del Sargento Auxiliar García, mi Teniente Comandante".

El investigador Teniente Comandante respondió "Cabo, venga para acá y cuénteme qué orden recibió". Seguramente lo dijo porque el Sargento Auxiliar García era célebre por las barbaridades que hacía y decía, convencido e ignorante de su ignorancia.

El cabo, ya más relajado dijo "Mi teniente comandante, el Sargento Auxiliar García me dijo que a él nadie lo caga y como tenemos que recibir un pedido de medio metro cubico de arena para arreglar la vereda del casino, me ordenó construir un caja de madera para medir la arena que nos entreguen"

El investigador Teniente Comandante continuó con un "Ahh...bueno. Y dígame cabo, como es la caja que tienen que hacer"

"Mi Teniente Comandante, tenemos que hacer una caja con forma de cubo de cincuenta centímetros de lado, para que el camionero que trae la arena la llene hasta el borde"

Allí explotamos de risa bajo la desconcertada mirada del Cabo que tampoco tenía demasiado claro el sistema de medida de unidades de volumen.

Por supuesto dejamos que construyan la caja y quedamos atentos a la llegada del camión con la arena.

Cuando apareció, apareció también el Sargento Auxiliar García quien a los gritos le dijo al camionero "Usted me llena esta caja o no le firmo el remito". El camionero miró la caja, miró al Sargento Auxiliar García, al Cabo y a los dos soldados que, como columnas de mármol contemplaban la escena, tomó una pala, llenó la caja y le añadió varias paladas más conformando una pirámide superior.

El Sargento Auxiliar García firmó el remito y quedó convencido que a él, nadie lo caga.

El camionero se fue con arena en la caja del camión, silbando una cumbia.

AMARETIS PARA EL DESAYUNO

La institución se dedicaba a la recepción, procesamiento y venta de imágenes satelitales. Disponía para ello de una fuerte infraestructura compuesta por una gran estación de recepción donde una enorme antena se despertaba todos los días a la salida del sol, apuntaba su plato hacia el horizonte, mejor dicho hacia el sector de horizonte por donde aparecería el satélite que observaba la tierra y retransmitía lo que veía hacia la antena que ansiosa esperaba esos datos.

Una vez que se establecía el contacto, la antena lentamente iba moviendo hacia arriba su enorme plato siguiendo escrupulosamente la trayectoria del satélite hasta que este ocupaba la posición cenital. En ese momento la antena, en posición vertical hacia un giro de ciento ochenta grados alrededor de su eje y comenzaba a bajar siguiendo en su viaje vespertino al satélite, hasta que llegado al horizonte se despedían hasta el día siguiente.

Durante todo ese trayecto uno miraba hacia abajo, registraba y transmitía imágenes y la otra recibía y las mandaba a un gran depósito donde quedaban registradas para su posterior uso.

Entrenados operadores borraban las imágenes que las nubes hacían inútiles y mandaban a sus compañeros de trabajo un producto crudo donde todavía era posible que la torre de Londres estuviese donde debe estar el Big Beng y este en Dover.

Una enorme computadora y un montón de hombres sabios tomaban ese material crudo y en base a datos relativos a la posición del satélite en el momento de tomar la imagen, la enderezaban logrando que Dover esté en Dover, la torre Eiffel en París y el obelisco en Buenos Aires.

Después de eso, otro grupo de hombres sabios de distintas especialidades miraban la evolución de las cosechas; detectaban fallas geológicas posibles señales de petróleo; determinaban si correspondía dar emergencia agropecuaria a un distrito inundado; estimaban el avance del desierto sobre las tierras fértiles; la acumulación de nieve en la alta cordillera para prever los caudales del deshielo, dato imprescindible para el riego; realizaban el mapa de bosques naturales; veían y alertaban sobre la deforestación y otras tantas cosas importantes para el país y su sector productivo.

En la sede central del complejo se alojaban los organismos burocráticos que, en definitiva permitían que el todo funcione y también había un magnifico laboratorio fotográfico que podía transformar las imágenes constituidas por interminables cadenas de unos y ceros en la memoria de las computadoras en fotos de destellantes colores que entraban por los ojos y permitían incrementar las ventas de esos productos, que dicho sea de paso eran y son muy, muy caros pero ¿cuanto cuesta montar una torre de búsqueda de petróleo en el lugar equivocado? o interactuar en el mercado de cereales sin saber nuestra producción posible o tantas otras cosas mucho más valiosas que el alto precio de esos productos.

Las ventas y asesoramientos a los clientes se organizaban con toda la pompa posible para un organismo del estado, es decir un organismo esclavo de un presupuesto asignado con cuentagotas, difícil de usar por la maraña de leyes, decretos, resoluciones, disposiciones y demás instrumentos legales hechos para evitar la malversación y el dolo motivo por el cual todo salía -sale- mucho más caro y mal.

Así las cosas, cuando algún poderoso cliente requería ayuda se le organizaba una recepción austera pero muy amable. La Jefa de relaciones públicas, una fina dama de la

sociedad necesitada de trabajar por esas cosas de la cambiante fortuna y una viudez prematura, conservaba intactos sus instintos de persona educada y habituada a tratar con gente de los más variados niveles, desde embajadores hasta mucamas.

Con delicadeza y buen gusto hacía servir un exquisito café y, cuando el presupuesto y los contadores lo permitían lo hacía acompañar con amaretis de los cuales hacía acopio para varias oportunidades.

El Intendente era harina de otro costal. Gran deportista, soltero entrado en años pero con un físico privilegiado y un aspecto siempre impecable, todo le era favorable, mientras no abriese la boca. Aparte de los insultos que ya no escandalizan a nadie, ponía de manifiesto sin complejo alguno una ignorancia suprema en casi todos los temas. Se entendía a los gritos con sus empleados, profería obscenidades delante de hombres y mujeres sin que se le moviese un pelo, odiaba los escritorios y se burlaba de los que en ellos trabajaban.

Se lo toleraba porque era de una nobleza sin par, capaz de poner parte de su sueldo a disposición de uno de sus peones que pasaba un mal momento y en el fondo, sabía sus limitaciones. No era raro que convocado por el gerente general, pidiese a alguien que fuese en su lugar y "después me cuenta", lo que no impedía que, a los dos minutos de hecho el favor lo maltratase a los gritos.

Un día que se habían recibido importantes visitas, a eso de las diez de la mañana las visitas se fueron y quedó una apreciable cantidad de café y una montaña de amaretis.

La Jefa de Relaciones Públicas, tal vez pensando que podría educarlo y, por qué no, entablar con él algo más que una relación de trabajo que la redimiese de su viudez, le dijo al verlo pasar. "Ahhh... Intendente, ¿cómo está? ¿no le gustaría tomar un café con amaretis en mi oficina?"

El animal (porque otra cosa no se le puede decir) contestó con voz de trueno "Señora, el café se lo acepto, pero los tallarines a esta hora me caen muy mal".

EL GRAFITO INCRUSTADO

Desde chico Juancito tuvo una marcada inclinación por la física y la matemática. Mientras todos sus compañeros de colegio sufrían con esas materias, él disfrutaba con ellas y, con una soltura poco usual para su edad, resolvía problemas con rapidez y precisión y las preguntas que hacía a sus profesores correspondían a un nivel de asimilación y de manejo de conceptos mucho más elevados. Más de una vez recibió como respuesta un sonoro "cállese la boca", señal evidente que el ocasional profesor no estaba preparado para ese nivel de trabajo. Otros, en cambio, los que verdaderamente sabían del tema, le contestaban y lo alentaban a seguir por su cuenta los estudios, le recomendaban libros más avanzados y le proponían ejercicios de mayor complejidad que aquellos que pedían al resto de los alumnos.

¿Será por un fenómeno de compensación? Juancito no era malo para los deportes, era pésimo. Jamás pudo acomodarle una patada como corresponde a una pelota por eso nunca pudo integrar el equipo de fútbol del colegio. En otras disciplinas era tan malo como en fútbol razón por la cual, si era capaz de correr (o caminar) una cuadra los profesores de educación física lo aprobaban y le decían "Andá, andá a seguir con tus libros que esto no es para vos". Juancito, agradecido se divertía a su modo en la biblioteca y el laboratorio.

Con los escollos que significaron historia y literatura terminó muy bien su secundario y no fue abanderado porque en educación física le ponían cuatro y en historia y literatura apenas lo necesario para eximirlo de torturantes exámenes ya que los profesores sabían que, si se lo proponía, podría recitar las Coplas a la Muerte de mi Padre de memoria.

De inmediato encaminó sus pasos hacia la Universidad Federal de la República, Departamento de Ciencias Puras y Aplicadas, donde aprobó el examen de ingreso con notable facilidad.

En las primeras materias brilló un poco más que sus compañeros quienes, por el solo hecho de estar allí, eran seres de su misma naturaleza. Por supuesto, entre ellos y entre ellos y sus profesores, se potenciaban y rápidamente iban adquiriendo las características fundamentales de quienes por esos rumbos caminaban.

Cierto estudiado desaliño, actitud ensimismada y a la vez distraída, inexistencia de horarios, enrolamiento sincero en causas perdidas, ignorancia casi total de los problemas cotidianos y fundamentalmente un fuerte desprecio por el trabajo manual o concreto, privilegiando sobremanera el intelectual.

En esto eran dignos herederos de una muy, muy vieja historia. Véase sino a Platón diciendo en La República. *"demasiados geómetras hablan como albañiles, es decir, como técnicos"* o a Marcelo que, en Plutarco dice *"Platón se indignó y reprochó vivamente a Eudoxio y Arquitas por arruinar la excelencia de la geometría que con ellos desertaba de las nociones abstractas e inteligibles para pasar a los objetos sensibles, llegando a la utilización de elementos materiales que exigían un prolongado y grosero trabajo manual"*.

Todo esto, en conjunto le inculcó una mentalidad y una consecuente actitud de rechazo visceral a todo lo que fuese concreto, tangible y, por fin, útil.

Por supuesto esto era también lo que pensaban sus profesores para quienes la vida empezaba y terminaba en las aulas y laboratorios del Departamento de Ciencias Puras y Aplicadas.

En él trabajaban, se celaban por cuestiones intelectuales, se odiaban por el acceso o no acceso a determinado equipamiento al que consideraban propio aunque

todo lo allí existente proviniese de las arcas del estado, se negaban información para evitar el progreso del otro, se pavoneaban como pavos reales cuando uno de sus trabajos era aceptado en vaya uno a saber que prestigiosa revista, hasta se enamoraban y constituían familia o pareja entre colegas de distinto o igual sexo, lo que complicaba de manera terrible las relaciones en el lugar.

En ese ambiente Juancito encontró su lugar en el mundo. No se hablaba de deportes o de fiestas o viajes. Los temas eran las publicaciones en curso, los congresos de la especialidad pasados, en curso y futuros, las relaciones internacionales conseguidas, los viajes en proyecto, los subsidios pedidos y otorgados, etc., todo en un permanente ballet en búsqueda de prestigio y relevancia.

Juancito lo bailó como el mejor y uno de los mejores lo tomó bajo su protección. Con él empezó a escribir trabajos - que enseguida reconoció como "papers"- sobre pedazos insignificantes del insignificante pedazo de realidad que miraban con deleite, adentrándose cada vez más en un cada vez más estrecho túnel que según ellos llevaba a la frontera del conocimiento en el tema.

Pero ¿cual era el tema que tantos desvelos les provocaba? Sencillo, habían descubierto que, si bombardeaban con partículas elementales de grafito una superficie metálica, un fenómeno no conocido hacía que esas partículas se incrustasen en el metal transformando su superficie en una superficie autolubricada. Esto en supuesta virtud a la estructura cristalina del grafito. El fenómeno no aceptaba explicaciones coherentes, razón por la cual físicos, químicos y matemáticos buscaban afanosamente un modelo para el mismo basados en los paradigmas vigentes para ese tipo de cosas.

Otros como ellos, en otros países, luchaban contra esos arcanos y todos juntos constituían la cofradía internacional del tema.

Fueron tomando poder -intelectual naturalmente- y así se dio el Primer Congreso Internacional Grafito Incrustado CIGI I, con sede en Novosibirsk.

Hacia allá fueron todos y con ellos Juancito que, con su tesis, "Aspectos relativísticos de partículas de grafito coloidal aceleradas en atmósferas bajas de nitrógeno y su impacto sobre superficies metálicas" calificada Summa Cum Laude, había abierto una interesante grieta en la coraza que hacía impenetrable al tema hasta el momento.

Juancito expuso su tesis y todos los caminos que se abrían a partir de la misma, dando por supuesto tema de trabajo a muchos de los participantes del CIGI I. A partir de ese momento Juancito pasó a integrar la corporación internacional del grafito incrustado.

Fue miembro del comité organizador del CIGI II y III, el primero en París y el segundo en Ottawa, donde brilló por sus trabajos, después se transformó en evaluador de trabajos sobre el tema para la prestigiosa revista "Graphite in Action", hechos que afianzaron su posición -y la del tema- en el Departamento de Ciencias Puras y Aplicadas.

Comenzó a tener becarios bajo su dirección. Varios de ellos hicieron con él sus respectivas tesis doctorales, obteniendo en todos los casos muy buenas calificaciones de manos de tribunales formados por miembros de la corporación original constituida en Novosibirsk.

Sus desvelos comenzaron cuando aceptó como becario a Carmelo Pistoni, brillante alumno del Departamento pero con dos características letales. Primero era miembro de una familia de mucha, mucha plata y segundo, por ese motivo, Carmelo alternaba sus estudios con las carreras de automóviles en la Fórmula Nacional de 3000 centímetros cúbicos.

Carmelo hizo los deberes como se espera que los haga un discípulo de Juancito, participó en cinco papers que

fueron aceptados en el CIGI IV, con sede en Ulan Bator donde los presentó con solvencia técnica superior.

El drama comenzó al regreso de Ulan Bator. Un día Carmelo lo más tranquilo le dijo a Juancito "creo que hemos llegado a un punto donde el grafito incrustado debe pasar a ser utilizado en forma práctica por sus propiedades lubricantes. Voy a traer las piezas móviles de mi auto para hacerles el tratamiento mejorado que presentaron los franceses en Ulan Bator y voy a correr la próxima carrera sin lubricante. Ahorraré seis kilos y ganaré la potencia que consume la bomba de aceite"

Juancito palideció. Una cosa era hacer papers, ensayos de laboratorio, congresos, jornadas y todas esas cosas y otra muy distinta era tratar las piezas móviles de un auto de carreras. ¿Y si el grafito incrustado no era tan eficaz como se había dicho hasta el momento?, ¿y si alguna pieza móvil se rompía?, ¿y si el auto de Carmelo recalentaba?, ¿y si el grafito incrustado resultaba útil y varias empresas se interesaban en el mismo y él, Juancito, quedaba comprometido entre empresarios y abogados?, ¿adonde iría su reputación de científico si cometiera una herejía de esa magnitud?

No. Definitiva y rotundamente no. De ninguna manera Juancito correría ese riesgo que ponía en peligro su relevante posición en el Departamento de Ciencias Puras y Aplicadas, en el país y en EL exterior.

Carmelo Pistoni perdió su beca. El informe de su Director fue pésimo.

EL PARALITICO

Un lejano día de verano debía concurrir a una de esas aburridas reuniones donde varios hombres y mujeres simulan estar atentos a los intrascendentes problemas para los que han sido convocados.

Los de genero masculino de riguroso traje y corbata con treinta grados a la sombra y los de genero femenino con ropa más ligera pero digna de un evento social, no vaya a ser que quien ocupa la cabecera, normalmente un funcionario importante, se lleve una mala opinión.

La mesa bote para que todos se vean, los papeles en blanco frente a cada uno, el micrófono de soporte flexible para que la intervención de cada uno quede correctamente registrada, el atildado mozo con café, te, mate cocido y agua y casi nada para distraerse en las paredes, salvo algunos cuadros de próceres ataviados con sus uniformes de gala o levitones, cuellos altos y corbatines todos serios y como asumiendo una pose que la historia puede llegar a desmentir en forma rotunda. Nada digno de mirarse mucho tiempo y poco aptos para despertar la imaginación erótica, que suele ser una buena manera de escapar del tedio de esas reuniones.

Yo iba a disgusto porque el tema era el de la conservación de la flora, la fauna y los escenarios naturales y quien convocaba la reunión era nada más y nada menos que el departamento de asuntos exteriores, que no se destaca por la contundencia de sus posiciones ni por la claridad de las mismas. Por supuesto, ese es su oficio y están entrenados para no ofender ni agraviar, pero están tan bien entrenados que uno no sabe nunca si es blanco o es negro lo que dicen.

En la mesa debían converger representantes de todas las jurisdicciones que algo tuviesen en común con la flora, la fauna o los escenarios naturales y yo ya me imaginaba una introducción melosa e indescifrable de los dueños de casa y

luego la intervención de ciertos personajes que conocía y iban a largar sus habituales letanías sobre la falta de un mapa de bosques de carácter nacional; la desprotección del cervatillo de los humedales; la caza indiscriminada de los magníficos pechos colorados; la depredación producida por los búfalos de la india introducidos clandestinamente y otras tantas calamidades sobre las que recurrentemente se hablaba pero nada se hacía.

El mapa sigue faltando, mejor dicho, nunca se hizo ni siquiera se empezó, los cervatillos siguen siendo cazados en forma indiscriminada, los pechos colorados se venden en las veterinarias y se exportan, los búfalos de la india proliferan y los ganaderos hacen pingües negocios con ellos y así para cada tema.

Mi disgusto era más grande todavía porque desde mi lugar de origen sabíamos que el tema era una cobertura para enganchar a alguno de los participantes para que fuese a una reunión interregional a defender el pájaro nacional de otro país para que este otro votase por el nuestro en un diferendo sobre la utilización del agua de un río de curso compartido.

Va de suyo que quien quería usar el agua está aguas arriba y simplemente quería -y logró- hacer un monumental aprovechamiento hidroeléctrico de cuyas compuertas dependerá en el futuro nuestro régimen de inundaciones. He aquí el por qué de los escenarios naturales en el temario, pero esto era una especie de secreto de estado que ni los anfitriones sabían y si lo sabían probablemente no lo entendían.

Con ese estado de ánimo, salí de mi oficina y cuando pude me metí en un taxi, a quien de inmediato di la dirección de departamento de asuntos exteriores.

"Jefe. No se si puedo llegar a ese lugar. A veces la policía corta el trafico" me dijo de inmediato el chofer. Le

respondí que me llevase al lugar más cercano posible, que luego caminaría.

Nuestra ciudad sigue a pie juntillas el esquema que usaban los conquistadores. Damero con calles estrechas, plaza central, iglesia, centro cívico, intendencia, comisaría, etc.

Eso que llaman desarrollo hizo crecer más allá de lo aceptable la cantidad de coches, de forma tal que circular con vehículos de cuatro ruedas por una red de calles pensadas para jinetes, algún carro y peatones es sencillamente un despropósito. Súmese a esto el transporte público y la sistemática falta de respeto por las normas de tránsito y se tendrá una idea del caos que era nuestra ciudad.

Por eso, determinadas calles a determinadas horas están vedadas para los vehículos. Nunca está demasiado claro qué calles y a qué hora lo están, en general parece que eso depende de la decisión de algún agente de policía y, por supuesto de su cantidad. Donde no hay agente de policía, es inútil el cartel más grande impidiendo el paso a determinadas horas. Se pasará igual mediante el ejercicio del deporte nacional de violar leyes, reglamentos, normas, etc.

Yo seguía molesto y preocupado por la reunión a la que iba, cuando el chofer me dice "Jefe, estamos cerca de su destino pero me parece que no puedo llegar. Mire".

En efecto, miré y vi cruzado otro taxi en la bocacalle en la que debíamos doblar, parada al lado de la ventanilla del conductor una mujer policía y un número apreciable de peatones mirando y escuchando.

La mujer policía decía con voz autoritaria "Señor, usted está interrumpiendo el tránsito, debe seguir hacia adelante"

El conductor del taxi le respondió "Señora, mi pasajero es paralítico, debo doblar y dejarlo en la puerta de edificio al cual se dirige"

La mujer policía parecía no entender razones y con voz más alta todavía disparó "Señor, si no continua su marcha le voy a hacer una infracción por interrumpir el tránsito, negarse a obedecer a un agente del orden y argumentar falsedades"

"Señora, mi pasajero es paralítico, Debo dejarlo en la puerta del edificio al que se dirige. Así está reglamentado."

Tenía razón. Lo se muy bien porque solía llevar a mi madre de noventa y cinco años a obtener el llamado certificado de supervivencia, necesario para la percepción de beneficios provisionales, certificado que se entrega en las comisarías y sencillamente estacionaba en la puerta bajo la mirada de la guardia que al ver a mi madre asentían de inmediato mi parada en ese prohibido lugar.

La mujer policía no debía saber eso y seguía porfiando con voz cada vez más alta para que el vehículo de alquiler siguiese su marcha.

En eso estaban el conductor del taxi y la policía cuando se abrió la puerta de atrás del coche, emergieron dos extremos de muletas y, en medio de contorsiones bajó un hombre grande, muy bien vestido, con saco y corbata obviamente de marca, con un torso digno de un jugador de rugby y con dos piernas que mostraban de lejos el flagelo que en una época fue la polio. Su aspecto era el de un gerente de banco, financiera o algo de ese tipo.

Con voz no autoritaria pero si acostumbrada al mando dijo: "Chofer, no se preocupe. Se hizo policía porque es gorda y fea y así tiene una pistola cerca"

El coro de mirones que rodeaba al taxi, mi chofer y yo estallamos en carcajadas. La mujer policía dio media vuelta y se esfumó entre infinitos transeúntes. Creo que desde ese día le cuesta mucho mirarse al espejo.

Gracias a ese tragicómico hecho, tomé con bastante filosofía haber sido seleccionado para ir a un foro internacional a defender la supervivencia del quetzal.

LOS INGENIEROS AERONAUTICOS

El país alardeaba ser una potencia en gestación. Su capital definitivamente era la capital de un imperio que todavía no existía, pero que así había sido pensado por una generación de gobernantes iluminados.

Claro, les falló el cálculo. La población jamás llegó al número alguna vez imaginado, la abundancia de recursos llevó al desperdicio, la naturaleza fue depredada en varios aspectos, la inmensa geografía nunca fue cubierta y protegida como corresponde y una suerte de tendencia a la molicie se adueñó de todo el mundo bajo el pretexto que estábamos en un tierra bendecida por el creador.

De allí a tener una escasa vocación por el esfuerzo sostenido hay solo un corto paso, y en muchos, muchísimos, casos ese paso fue dado.

Aquellos iluminados crearon también un sistema educativo ejemplar, que permitió la movilidad social ascendente de los hijos de inmigrantes que llegaban a esta tierra con las esperanzas que en sus terruños de origen les eran negadas.

Correlativamente, la universidad fue también un destino donde hijos de analfabetos lograban un título máximo, cosa total y absolutamente imposible en las tierras de origen de sus padres donde el hijo del zapatero está más o menos condenado a ser zapatero.

El cuerno de la abundancia derramaba sus bendiciones a diestra y siniestra. La clase alta hacía gala y ostentación de

riqueza y poder. Palacios en la capital, estancias inmensas, verano eterno en distintos hemisferios, notoria influencia en los poderes políticos y todo aquello que el dinero y la posición brindan a unos pocos privilegiados.

Naturalmente ocultaban con extremo celo sus orígenes de almaceneros en el desierto puesto que formaban parte de una legión de primeros pobladores llegados a estas tierras cuando todavía no se habían roto las cadenas que sujetaban a un rey remoto toda decisión.

Distinto eran las nuevas remesas de habitantes. Venían de una extrema pobreza y tal vez de hambrunas y se encontraban con un país donde la comida sobraba, nadie era demasiado afecto al trabajo y con un mínimo de esfuerzo, se podía vivir y aun progresar. Atávicamente su máximo deseo era tener lo que habían carecido en sus lugares de origen: seguridad de un plato de comida diario.

Esa seguridad era patrimonio del estado. Quien era empleado del estado tenía un sueldo, tal vez miserable pero seguro. Eso bastaba. Con él se comía y, si se sabía cómo, se podía progresar.

Así el estado creció y creció y poco a poco fue asumiendo roles que en otras latitudes asumían los privados. Pero claro, los privados pueden ir a la quiebra y fundirse y hay que empezar de nuevo. Aquí era distinto. El estado albergaba funciones que le correspondían a los privados y si sus negocios iban de mal en peor, no importaba, el país era rico y podía rescatar de una quiebra a la fábrica nacional de azulejos, al sistema de transporte de cargas, a la flota, a los frigoríficos y a todo otro emprendimiento que estuviese en su ámbito de protección.

Paralelamente a ese crecimiento productivo de notoria ineficiencia fue creciendo una enorme burocracia donde infinidad de idóneos, letrados, conmillones políticos, etc. adquirieron la seguridad de un empleo público que sus inmigrantes padres le inculcaron. Por supuesto esta

burocracia se volvió reglamentarista y fue creciendo bajo un concepto perverso según el cual cualquier funcionario o empleado que maneje fondos del estado es sospechado de querer apropiarse de ellos. En consecuencia una masa impresionante de controles cruzados asfixia cualquier iniciativa. Tal vez no se robe. Pero, seguro, casi nada se puede hacer y hacerlo significa un esfuerzo ciclópeo.

Por supuesto una potencia como la imaginada debía fabricar aviones. Por eso, con bombos y platillos se creó la Industria Nacional Aeronáutica INA, pionera en la región como corresponde a un país que sueña grandeza.

La INA empezó bien. Empezó con una escuela donde los mejores graduados de aquella universidad, en manos de especialistas de otras latitudes se adentraron en el arte de construir aviones. Y vaya si lo hicieron. Construyeron aviones de transporte, de combate, experimentales, adelantados a su época pero cometieron un pecado capital que un privado jamás hubiese cometido.

Construyeron aviones porque querían y sabían construir aviones. Como el INA era del rico estado, nunca miraron el mercado al cual estarían destinados esos aviones. En consecuencia nunca vendieron un solo avión, tampoco les interesaba hacerlo. Hacían aviones "because is so sweet" hacerlos, cuanto más sofisticados, mejor.

Formaron otras generaciones de ingenieros aeronáuticos con excelencia técnica pero arrastrando ese pesado lastre de hacer "because is so sweet".

Como algo parecido pasaba en otras áreas del estado, llegó un momento en que el colapso era inminente. Si o si había que salir de la trampa estratégica en la que habían caído y, como es bien sabido, de ella se sale con dolor.

Miraron por primera vez el mercado y llegaron a la triste conclusión que lo que el mercado necesitaba estaba muy lejos de lo que ellos podían hacer con toda su sabiduría a cuestas. No sabían cómo gestionar un proyecto en serio, no

sabían cómo venderlo y mucho menos sabían cómo atender a los clientes.

En la desesperación por sobrevivir, el INA decidió que los mejores diez ingenieros aeronáuticos que disponía fuesen tres años al país líder en la industria aeronáutica para capacitarse en estas tipo de cosas. La idea era que estos veteranos, a su regreso formasen a las nuevas generaciones en estas cuestiones.

Allá fueron por tres años completos, con familia, vivienda y viáticos. Allá aprendieron que un país es rico si todos los días se trabaja intensamente, si no se desperdician recursos inútilmente, si no se desgastan los recursos humanos en ridículas rencillas dignas de comadronas de barrio, si en todos los casos se puede responder a la trivial pregunta ¿para qué?

Volvieron tres años más viejos y cien años más sabios. Cuando habían terminado de instalarse y comenzado a transferir lo aprendido, la espantosa burocracia hizo llegar el siguiente mensaje: "Los agentes -aquí la nómina de los diez- deberán acogerse a los beneficios previsionales por haber superado la edad límite para ello. Cumplimiento inmediato."

El país está irremediablemente quebrado.